

EL ANFION MATRITENSE,

PERIÓDICO FILARMÓNICO, POÉTICO Y PINTORESCO

DE LA

ASOCIACION MUSICAL.



SUMARIO.

HISTORIA DE LA MÚSICA, tiempos antiguos, (art. 3.º)—
APUNTES DE MI CARTERA.—PENSAMIENTOS SOBRE LA MÚSICA,
(poesía).

HISTORIA DE LA MÚSICA.

Tiempos antiguos.

Artículo 3.º

Cuando examinamos la infancia de la música remontándonos á los tiempos antidiluvianos, tomamos por guía el primer libro de Moisés, porque, sobre estar mas en armonía esta marcha con las creencias del país en que escribimos, es el que mas datos, aunque son tan pocos, proporciona para conducirnos al origen del arte músico. Examinados los tiempos antidiluvianos, entramos en los tiempos fabulosos para pasar luego á los antiguos, y desde que quisimos entrar en esta senda, advertimos que íbamos á abandonar al historiador hebreo, porque, á mas de ser metódica nuestra marcha, abandonándole, ni corríamos el riesgo de alarmar ninguna conciencia postergando la Escritura, ni los datos que esta proporciona, desde el diluvio universal, son tan abundantes y conducentes á nuestro objeto como la historia profana. Nadie debe estrañar por consiguiente que á la cabeza de los pueblos antiguos, de cuya música particular y respectiva vamos á ocuparnos desde luego, no figure el pueblo del Señor, el pueblo de Israel, ese pueblo, cuyos primeros anales datan desde la creacion del mundo, cuyo germen se conservó, á pesar del diluvio, en la familia de Noé y cuyo tronco segundo puede decirse que fue Abraham el patriarca, desde el momento que le llamó el Señor para la constitucion de su pueblo predilecto. En la revista, ó sea rápida ojeada que llevamos dada á la música de los antiguos y al aprecio que de ella hicieron los pueblos de las primeras edades del mundo, no fueron ya los Hebreos los que se ofrecieron en primer término, y en esta parte de nuestra historia lo han de ser menos todavía, porque nos proponemos dar al relato el orden cronológico mas severo posible.

Todos sabemos que, despues del diluvio univer-

sal, cuando ya no volvió al arca la paloma, en señal de que la tierra volvía á ser habitable, la familia de Noé y los animales que con ella se habian salvado, se establecieron en las llanuras de Sennar, donde se levantaron los fundamentos de la que habia de ser un día la soberbia Babilonia. Y como esta sociedad era una levadura de la que habia esterminado el diluvio, no fue la infancia de sus artes y sus ciencias tan lenta y perezosa como lo habia sido cuando empezaron á poblar la tierra los hijos de Adán y Eva. Todo lo que se sabia antes de la grande catástrofe fue conservado en el arca como la especie humana, como las demas especies: hubiérase dicho que era una colonia que, provista de los conocimientos de una sociedad civilizada existente en otro continente ó hemisferio, llegaba á los desiertos ámbitos adonde fue á parar el arca salvadora, para reproducir allí esta sociedad, á la manera que la reprodujeron mas tarde en varios puntos de la tierra los célebres colonos Inaco, Cécrope, Deucalion, Cadmo, Pélope y otros; á la manera que reprodujeron la de la moderna Europa en el nuevo mundo los especuladores y misioneros que se lanzaron, desde los años 1492, á las islas y continentes descubiertos y conquistados por los Colon, los Hernán Cortes, los Magallanes, los Pizarro, los Lopez, los Oñate y demas héroes que tremolaron el pabellón español en ambas á dos Américas. Moisés, que en el Génesis nos da noticia de la direccion tomada por la familia de Noé al salir del arca, nos dice que Nemrod fundó á Babilonia unos 150 años despues del diluvio, y que pasado algun tiempo, Assur edificó la ciudad de Ninive, esotra poblacion colosal que ha descollado tanto en las remotas edades. Olvidase en seguida de Nemrod y de Assur, calla los nombres de sus sucesores, y desaparece el pueblo ó la familia predilecta hasta la vocacion de Abraham, durante cuyo tiempo el género humano se habia hecho acreedor por sus vicios y maldades á otro diluvio. Los historiadores profanos hacen fundador de Babilonia á Belo, y de Ninive á su hijo Nino; hablan de sus conquistas, de Semiramis y su reinado de Babilonia y Ninive como dos grandes monarquías y de la reunion de estas dos desde la cual empieza el imperio de los Asirios. El mismo Bosuet que en su justamente célebre *Discurso sobre la historia universal*, nunca abandona al pueblo de Dios y que parte tras las huellas de Moisés, considerando el periodo transcurrido desde la creacion del mundo hasta 1656 años despues en que acaeció el diluvio, como el

principio de todas las historias, se ve forzado á hablar de los Chinos, Caldeos, Fenicios y Egipcios como pueblos establecidos ya y de nombradía y extension, antes que Abraham fuese llamado por Dios para constituir á su pueblo, á ese pueblo de Canaan, que mas tarde habia de llevarse emancipado de Egipto el gran caudillo Moisés. Por los años 4771 del mundo, ó 2233 antes de Jesucristo, ya eran notables las observaciones astronómicas y monumentos de los Caldeos y los Egipcios, al paso que la vocacion de Abraham no se realizó hasta el año 2083 del mundo, ó 4921 antes de la venida del Mesías. Sabido es ademas que los tres hijos de Noé, Jafet, Cam y Sem, despues de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, se repartieron la tierra y que el pueblo hebreo salió de Sem.

En vista de estos datos históricos, sacados de fuentes puras, nosotros que vamos á historiar la música de los pueblos conforme su antigüedad, podemos sin el menor escrúpulo empezar por los Caldeos y hablar de la música é instrumentos de los Hebreos, puesto que no hallamos definitivamente constituido é independiente á este pueblo hasta despues de su salida de Egipto. Esperamos con fundamento que cuanto mas instruidos esten nuestros lectores en la sagrada Escritura, tanto mas justo hallará el orden que vamos á dar á nuestra historia de la música particular de cada pueblo.

(Art. 4.º)

CALDEOS.

Algunos historiadores presentan á los Babilonios como un pueblo diferente de los Asirios, y los geógrafos antiguos señalan y describen el territorio de Asiria y el de Babilonia como dos territorios distintos. En uno de estos, en el de Babilonia, estaba la *Caldea*. Sin embargo, no solo muchos autores, cuando se trata de los conocimientos ó adelantos de las artes y ciencias, idolatría etc., no hacen la menor distincion entre los Babilonios y los Asirios, sino que dan á unos y otros el nombre de *Caldeos*, sin duda por ser de la Caldea los sacerdotes y sabios que estaban en posesion de la parte intelectual de aquellos pueblos. Lo que digamos pues de los Caldeos se entenderá de los Babilonios, de los Asirios y hasta de otros pueblos orientales que, como los Medos y los Scitas sufrieron el yugo de aquellos conquistadores.

Cuando no supiésemos de los Caldeos otra cosa que su notable cultivo de las ciencias astronómicas, que sus adelantos en las artes y que su sensualidad y voluptuosidad estremadas, podríamos sentar sin temor de equivocarnos que la música habia de representar entre ellos un papel de primer orden. El pais de los Sardanapalos no podia carecer de un arte que tantos placeres proporciona á la especie humana y que tan á propósito es para espresar las pasiones varias de que es capaz el corazon de los individuos de esta especie. Ora sea para halagar estas pasiones, como sucede en efecto, ora para reprimir la intemperancia y la incontinencia, como supone Ateneo, introducirían los Caldeos la música en sus festines, y ya que de ellos partió el culto á los hediondos ido-

los que los sacerdotes inventaron para subyugar á los pueblos, figuraria tambien este arte en las ceremonias religiosas. Esto que las noticias generales dadas en los artículos anteriores nos harian adivinar ó presumir, queda en efecto comprobado por los hechos particulares de los Babilonios y Asirios. En la opulenta, en la voluptuosa Babilonia lo mismo que en la soberbia Ninive se cantaba y se tañian instrumentos. Los músicos y los cantores formaban la parte principal de los regocijos públicos, y los que sobresalian en este talento acudian de todas partes á las orillas del Eufrates y del Tigre, seguros de hallar en ellas cuanto apetecer pudieran. Era Babilonia y Ninive para los músicos de Oriente lo que fueron mas tarde para los de todo el globo conocido Atenas y Roma; lo que son hoy dia para los artistas contemporáneos Paris y Lóndres. La historia nos presenta á estos pueblos en continua agitacion, en constantes trastornos, en revoluciones perennes; y sin embargo, nunca pereció entre ellos el arte músico. Las fiestas del dios Baco se celebraban con estruendo de instrumentos y con cantos que escitaban á los *mimos* á saltar y danzar. Las exequias de los Caldeos se hacian notables y mas patéticas con las sonatas de las flautas llamadas *gingros*, cuyo sonido ronco y lúgubre era muy á propósito para esta clase de funciones. En los banquetes nunca faltaban tampoco músicos y cantores. Empezábase inspirando la alegría y la expansion y se concluía por la desenvoltura y la liviandad. Las mugeres que á estas asambleas asistian, dice Quinto Curcio, se presentaban al principio con modesto continente; mas no tardaban á quitarse sucesivamente sus vestidos, hasta que olvidadas enteramente de su pudor, en el arrebató, en el vértigo de su furor erótico, ofrecian á los ojos ávidos de los hombres sus bellas formas con toda la desnudez abrasadora de la naturaleza. Y no se crea el lector que á semejantes escesos se entregasen las mugercillas de vida alegre, modales desenvueltos y costumbres relajadas; eran las señoras mas distinguidas y las hijas mas queridas de estas señoras, todas las cuales se prostituian de ésta suerte, creyendo que era honroso, honesto y obligatorio semejante desahogo.

Algunos pasages de las sagradas Escrituras nos confirman tambien el cultivo de la música entre los Caldeos y nos dan noticia de los instrumentos que en Babilonia y Ninive se tañian. En el capítulo 30, versículo 27 del Génesis se refiere que Jacob no habia querido que Laban le despidiese con júbilo y cánticos acompañados de cítaras y tímpanos. Este hecho acaeció en la Mesopotamia y como la Mesopotamia formó parte del imperio de los Asirios, se puede sacar por consecuencia que la cítara y el tímpano fueron tambien instrumentos de los Baldeos y que entre ellos se usaria de dichos instrumentos en las funciones domésticas y públicas. El profeta Daniel nos manifiesta el edicto con que el rey Nabuco mandó á sus súbditos prestar culto á una estatua que se mandó erigir: dice así el edicto. «En la hora que oigais el sonido de la trompeta, de la flauta, de la cítara, de la sambuca, del salterio y de la sinfonia compuesta de todo género de instrumentos de música, postraos y adorad la estatua.» Puesto que el vanidoso Nabuco menta en su edicto tantos instrumentos, es lógico afirmar que todos estos ins-

trumentos tocaban los Caldeos. En el capítulo 18 del Apocalipsis dice S. Juan, hablando de Babilonia: «ya no se oirá mas en tus murallas la voz de tus tocadores de arpa y de los músicos cantando con la flauta y la trompeta.»

Los Caldeos fueron inventores de algunos de los instrumentos que tocaban: entre estos descuellan el *gingro*, el *nablo*, la *pandora* y la *sambuca*. Era el *gingro* una flauta de un palmo de longitud, cuyas modulaciones roncadas y tristes la destinaron á la celebracion de los entierros. El *nablo* era un instrumento de diez ú once cuerdas; por lo menos de esta manera se presenta el que hizo dibujar Bianchini, que viene á ser un marco cuadrilongo ó cuadrado con un juguete en un lado para cogerlo. El hueco de este marco está ocupado por las cuerdas. Sobre este instrumento no estan muy de acuerdo los que de él hablan. Tan pronto se dice que es el *salterio* antiguo, tan pronto la viola moderna: el *nablo* que hemos visto pintado no se parece á nada de esto; otros han dicho que era la lira, el arpa, la gaita, la *pandora* etc. La *pandora*, segun Polux, era un instrumento compuesto de tres cuerdas; otro autor sin embargo, Isidoro, coloca este instrumento entre los de aire. La *sambuca*, en fin, era un instrumento de cuatro cuerdas, agudo, cuya invencion, segun unos, fue de Sanlices, y segun otros de Ibicus. Pero mientras Ateneo y Porfirio lo dan como instrumento de cuerda de forma triangular, S. Gerónimo, S. Isidoro y otros aseguran que era de viento y que se llamó *sambuca* porque se construia de la rama del árbol llamado *saucos*, *sambuceus* en latin. Los demas instrumentos que tocaban los Asirios, Babilonios, Medos y otros pueblos orientales comprendidos bajo el nombre de Caldeos en este artículo, no pasan por inventados en ellos. La flauta la recibirian de las primeras tribus que la heredaron sin duda de los antediluvianos, lo mismo que la cítara y el tímpano. Por lo que toca á la *sinfonia*, vemos en los autores que hacen mencion de ella una confusion notable, en tales términos, que ni sabemos si era un instrumento real y positivo, ó el conjunto de muchos instrumentos que tocaban á la vez cierta sonata: muchos son los que afirman lo primero, y el uno dice que tenia tal forma y que los ciegos la tocaban, este es Levanio; otro, que es Cornelio, la describe añadiendo que sus sonidos eran suaves y agradables y que se los arrancaba el músico por medio de una rueda que movia, la cual heria las cuerdas á la manera que la *vielle* de los saboyardos. Drusio, el P. Mersenne, Ducange, el P. Kirker y Calmet dan cada uno diferente idea de la *sinfonia*. Segun S. Isidoro este instrumento era un madero hueco cubierto de una piel, sobre la cual se daba con dos palillos, es decir, que de instrumento de cuerda pasaria á ser de percusion, y para que no le falte la calidad de instrumento de viento, Grocio le describe como una flauta curba. Semejante divergencia en las noticias sobre la *sinfonia*, nos inclina á seguir el parecer de S. Gerónimo, el cual dice que por la palabra *sinfonia* no debe entenderse instrumento alguno de percusion, cuerda ni viento, porque solo significaba lo que significa entre nosotros un concierto. Este santo estaba muy versado en las lenguas orientales y por lo tanto debemos reputarle buen juez en la mate-

ria. Corrobora este dictámen de S. Gerónimo la version de los setenta, puesto que se especifican los instrumentos en los versículos 5, 7 y 10, y hasta en el 15 no se menta la palabra *sinfonia*, que indica el concierto de todos ellos. Y si alguna duda queda, puede verse lo que dice S. Lucas en el capítulo 15 sobre la parábola del hijo pródigo, y de la espléndida acogida que le dió su padre, en la cual descolló entre dichos festejos un concierto, espresado por el santo con la palabra *sinfonia*. La version siríaca traduce por *sinfonia* concierto, y la arábica voces ó sonidos consonantes.

Relativamente á la música caldea como cuerpo de doctrina nos referiremos á lo que llevamos dicho en general acerca de la música antigua, y puesto que los músicos hebreos que tenian ya mas arte fueron altamente apreciados por los Asirios cuando los llevaron cautivos á Babilonia, es lógico deducir de esto que no seria muy aventajada su música en la combinacion de los sonidos, y que se resentiria aun mucho de la inspiracion de la naturaleza. Algunos, al considerar que los Caldeos profesaron con tanto esmero las ciencias astronómicas, se aventuran á decir que su sistema músico participaria de esas proporciones aritméticas y armónicas en que tanto se ocuparon los Griegos y demas, como veremos á su debido tiempo. Sin embargo, parece que fundaron lá música como ciencia en la resonancia del cuerpo sonoro.

Completa la idea de la música de los Caldeos lo que nos dice Polux de los Scitas. Este era uno de los pueblos sujetos á los Babilonios, en el cual, á pesar de la barbarie con que por lo comun los pintan, no dejaba de ser profesada con algun gusto la música. Si hemos de creer á Polux, inventaron los Scitas el *pentacordo*, instrumento que constaba de cinco cuerdas, cuyos sonidos se cree que podrian espresarse por las sílabas musicales *la, si, do, re, mi*. Con esto se ve que el sistema de los Scitas seria igual ó semejante al que siguió el *tetracordo*: los intervalos son los mismos. El *tetracordo*, como lo dice el mismo nombre, no tenia mas que cuatro cuerdas *si, do, re, mi*, que es el primer sistema musical y el mas natural al hombre. Los Scitas le añadieron una cuerda cuyo sonido era *la*, inferior á los demas, dejando un intervalo de tono mas abajo de la cuerda *si*, con lo cual formaron el sistema músico llamado *pentacordo*. Y así como los Caldeos adoptaron el *tetracordo*, que era el sistema seguido desde los tiempos antediluvianos, tambien adoptarian la invencion de los Scitas, y seguirian por lo mismo su sistema del *pentacordo*.

(Art. 5.º)

FENICIOS.

Los Fenicios, pueblo mercantil y el primero que se dió al arte de navegar, ocupaban la parte marítima de la Siria, y por lo mismo bajo este nombre comprenderemos, al tratar de la música fenicia, á los pueblos de la Siria, sin distincion de provincias ni comarcas.

Las artes y las ciencias eran cultivadas en Fenicia tanto ó mas que en la Caldea, y los que las

profesaron las supieron perfeccionar con utilísimos progresos. Así se deja concebir desde luego que uno advierte en este pueblo su actividad, su movimiento y su audacia mercantil. Sus artefactos numerosos necesitarían esportación, y el mar que lamia las costas de este país les inspiraría el arrojo de lanzarse desde las playas de Tiro y de Sidon al piélago proceloso. Pero no todo fue comercio entre los Fenicios: también las bellas artes recibieron de sus sabios un esmerado cultivo; y la parte interesante que por ella tomaron, demuestra evidentemente que las juzgaron como ramo principal de los conocimientos humanos: por esto las elevaron en lo que en aquellos tiempos cabía al más alto grado de perfección. Uno de los fragmentos de poesía profana más antiguos y que conservó Moisés es fenicio. También se reputaron los Fenicios inventores de la aritmética ó por lo menos de los números que sirvieron de norma ó dieron la idea para formar los suyos á los Romanos y á los Arabes. Los Fenicios fueron los primeros que empezaron á contar por décadas, y en sentir de Estrabon se daba en dicho pueblo principio á las ciencias por la Logística ó sea arte de calcular. En un país donde el comercio era el ramo más puesto en boga, todos estos inventos y preferencias se conciben fácilmente.

No fueron menos solícitos los Fenicios por los progresos de la música que perfeccionaron de una manera notable. Es ocioso decir que en todas sus ceremonias públicas y privadas se cantaba y se tocaban instrumentos, pareciéndose en esta parte á los Caldeos bajo muchísimos aspectos. Entonábanse con mucho séquito y aplauso desde la más remota antigüedad los himnos de Sidon, antiquísima cantora. También era de su invención el *Alelouhya* que los Delficos adoptaron para el introito de sus ceremonias religiosas: lo eran igualmente las canciones lúgubres de que nos dejó una muestra Lino, el célebre maestro y tocador de flauta, las canciones adónicas ó amorosas y otros cien cantares como el alegre Bormo etc., que patentizan hasta qué punto llegaba la afición de los Fenicios á la música.

Los Sirios sobresalían igualmente en este arte, del cual no eran menos apasionados. Cuando Parmemon tomó la ciudad de Damasco encontró en ella é hizo cautivas á 329 doncellas muy sabias y entendidas en la música que estaban al servicio del rey Dario para ejercer este arte, y según noticia dada por Suidas, unas cantaban á la perfección y otras tocaban con gusto esquisito y admirable destreza toda clase de instrumentos musicales. Grande había de ser la reputación de los músicos de este país, cuando Vero mandó conducir á Roma desde las comarcas siriacas un gran número de músicos que tocaban toda suerte de instrumentos, conforme lo dice Juvenal de la manera siguiente:

*Jam pridem Sirus in Tiberim defexit Orontes
Et linguam et mores, et cum tibicine chordas
Obliquas, nec non gentilia timpana secum
Vexit.....*

Harto célebres fueron además las *Ambayas*, especie de mugercillas perdidas que iban corriendo el mundo y sobre todo las provincias sometidas á los Romanos, ganándose la vida con la flauta siriaca que

tocaban con mucha habilidad y los escesos á que esta vida relajada las esponía.

Los instrumentos con que los Fenicios y los Sirios acompañaban sus cantos ó daban sus conciertos eran también muy numerosos y de todas clases. Sus instrumentos de cuerda se tocaban: unos pulsándolos con los dedos, otros haciéndolos vibrar con un arco, á la manera que se hace con el violín, la viola y el contrabajo. Entre los nombres de dichos instrumentos figuran el *Pectis*, *sindapto*, *clepsiambo*, *triángulo*, *sambuca*, *kinndor*, *gingro*, *nebel* ó *nablo* y *magada*. Muchos fueron de su invención y algunos les atribuyen el del nablo, gingro y fenicio. Los Sirios inventaron el triángulo. Algunos de estos instrumentos se han conservado hasta nosotros, porque su forma se ha encontrado en algunos bajos relieves de monumentos antiguos; mas hay otros de los cuales no se tiene idea alguna. Polux nombra muchos entre los cuales están algunos de los Fenicios, de cuya forma no tenemos la menor noticia y los autores andan confundiendo los unos con los otros.

Por lo que toca al sistema músico de los fenicios diremos que partía de la voz de la naturaleza, esto es, de la resonancia del cuerpo sonoro lo mismo que el de los Caldeos. Sabido es que el sistema músico natural consta, si es de modo mayor, de esta progresión armónica 1 1/3, 1 1/4, 1 1/5, 1 1/6 y si es de modo menor, de la progresión aritmética 1, 2, 3, 4, 5, 6. Diez eran los sonidos de que se componía el sistema fenicio; y estos sonidos eran espresados por otras tantas cuerdas en el instrumento llamado nablo, si Josefo no nos engaña. Pero no se crea que llegaron á él de un salto sin preceder otros sistemas. Los Fenicios, como los demás pueblos, primero tocaron y cantaron por el sistema tetracórdico. Mas tarde le añadirían tres cuerdas más, formando el *eptacordo* ó escala de siete sonidos; luego seguirían completando el diapason ó la gama diatónica y natural espresada con las voces musicales *la, si, do, re, mi, fa, sol, la*. Intercalando tres cuerdas entre estas ocho para dividir los tonos en semitonos compondrían el sistema de diez cuerdas, de esta suerte: *la, si, do, do sostenido, re, mi, fa, fa sostenido, sol y sol sostenido*. El segundo *la*, octava alta del primero, no serviría más que para completar el diapason ú octava. A este sonido le daban los Fenicios el nombre de *magad*, que significa sobrepujar, nombre de que se hicieron los Griegos un verbo con el cual significaban cantar á la octava alta de otro.

Hemos dicho que el nablo era el instrumento principal con que se realizaba este sistema musical de los Fenicios y que para esto se componía de diez cuerdas, refiriéndonos á Josefo; mas autores hay que dicen ser verosímil que constase de dos octavas á lo menos, esto es de 24 cuerdas. Los mismos conjeturan que la *magada* era un instrumento de sonidos agudos, la cual comenzaba á cantar en el sonido oncenno del nablo y concluía en el veintiocho.

Otro de los instrumentos que caracterizan el sistema musical de los Fenicios era el *Eneacordo* ó *Hendecacordo*, el cual no constaba más que de una octava, pero dividida en once sonidos, en la forma que ya llevamos espuesta. Algunos queriendo explicar los motivos que los Fenicios tuvieron para disponer el Hendecacordo, suponen que: «conociendo la resonancia de los cuerpos sonoros, y habiendo

observado en este fenómeno natural que los sonidos mas sensibles al órgano del oído son la tercera mayor y la quinta del sonido principal de una cuerda; comenzaron la operacion por el sonido tercero de su escala ó sistema diatónico que es *do*, y sus resonantes *mi* y *sol* siguieron la operacion por el *sol*, y este sonido les dió por su resonancia el *si* y el *re*, y continuando con el mismo método el *re* les dió el *fa sostenido* y el *la*; este el *do sostenido* y el *mi*, y este último el *sol sostenido* y el *si*. Con la obtencion de todos estos sonidos se pudo formar el sistema de diez cuerdas, compuesto de los intervalos de tonos y semitonos mayores y menores. Los semitonos que se hallan en este sistema desde el *do sostenido* al *re*, *fa sostenido* al *sol* y desde el *sol sostenido* al *la*, son sumamente naturales en los descansos y cláusulas del canto mas sencillo; por esto nadie debe poner dificultades en que los advirtiesen los Fenicios, puesto que su entendimiento fue tan á propósito para el culto de las artes y las ciencias.

P. MATA.

APUNTES DE MI CARTERA. (1)

Al amanecer del día 4 de junio de 1837 las ruedas estropeadas del *Vautour* removian ya las aguas de la pintoresca rada de Toulon, puerto principal de la marina militar francesa. Y como si el buque participase de la alegría de la tripulacion; como si experimentase ese sentimiento expansivo que hace palpar el corazón del que, despues de una ausencia larga y de un viaje peligroso, vuelve á ver su suelo patrio, surcaba ligero y desembarazado el mar tan azulado como el cielo y tan tranquilo como una alfombra, por entre un espeso bosque de goletas, bergantines, fragatas y navios de tres puentes. Cesó por fin de silbar el agua avaporada que impelia las ruedas, y al solo impulso ó movimiento que llevaba la embarcacion, pudo acercarse hasta la embocadura del canal con que se enlazan los dos puertos el antiguo y el moderno, donde ancló para concluir la cuarentena á que le sujetaba la patente que del Africa traia. Toda la tripulacion se dedicó á la maniobra con una alegría envidiable, aguardando impaciente el momento de saltar á tierra y abrazar á sus deudos y sus amigos.

Un pasajero habia á bordo, sin embargo que distaba mucho de participar de esta expansion y esparcimiento. Era el poeta proscrito. La alegría de los que le rodeaban, los motivos de esta alegría eran para él motivos de tristeza y de una tristeza muy profunda. La tripulacion llegaba de Africa, de un pais abrasado por el calor, infecto de la peste, repugnante por lo salvaje de su civilizacion, y estaba pronta á pisar el bello suelo de Francia. Venia del extranjero y abordaba el pais natal. El proscrito habia dejado el pais natal y abordaba playas extranjeras; habia abandonado la risueña vega de Barcelona y tenia delante las áridas montañas de Toulon, llenas de fortalezas y cañones en vez de bosques y plantas. La tripulacion divisaba ya en las playas y en algu-

nas lanchas á sus amigos, á sus padres, á sus hijos, á sus esposas, á sus queridas; el desterrado no columbraba una cara conocida ni esperaba encontrarla, porque todo lo habia dejado en las costas y en los campos de Cataluña.

Otra consideracion contribuia á aumentar el contraste ofrecido por el semblante del pasajero político con el de la tripulacion: era preciso abandonar el buque para trasladarse al lazareto, bello edificio sanitario construido al sud de la rada, al otro lado del puerto, donde debia hacer sus cuatro ó cinco dias de cuarentena. En estos establecimientos consagrados á una preocupacion que tiene dominados á los pueblos y á sus gobiernos, se explota la situacion de los pasajeros, obligándolos á gastar para su asistencia exorbitantes cantidades. El proscrito estaba viendo que apenas le alcanzarian sus fondos para destruir, oreándose en el ventilador del lazareto los gérmenes contagiosos que se le hubiesen pegado durante la travesia de Barcelona á Toulon. Mas la divina Providencia, que no siempre deja en el abandono á los infelices, inspiró á los oficiales del buque un sentimiento generoso y no consintieron que el proscrito español hiciese su cuarentena en otra parte que en el *Vautour* á la par de todos ellos. Mejoróse de consiguiente con esta providencia su posicion y brotaron en la mente del poeta algunas lisongeras esperanzas. Era todavía posible su viaje á las faldas del Pirineo, y bajo esta idea pudo su imaginacion, á la manera de una abeja, ir recogiendo de cada uno de los objetos que tenia á la vista lo agradable y curioso para formar la miel de la distraccion, del solaz y del alivio.

La multitud de buques de guerra de todas dimensiones que poblaban la rada y el puerto viejo, las mil y una embarcaciones que entraban y salian de continuo, los vapores chiquitines como lanchas que iban y venian á menudo de *Seyne*, bonita poblacion marítima que se levanta al oeste de Toulon y recibe por las tardes la poblacion ociosa de la ciudad para darle frescura en sus paseos; las barcas de galeotes que surcan en todas direcciones, mostrando con el color encarnado ó amarillo de sus vestiduras la gravedad de los crímenes que en el presidio estan purgando; los cascos de navios inutilizados que estan sirviendo de cuartel ó de cuadra para los presidiarios; los numerosos baluartes que circuyen y defienden la ciudad segun el sistema de Vauban, todo eran objetos curiosos é interesantes para el proscrito que convertia su desgracia en provecho suyo y en estudio del pais.

Satisfecha esta primera necesidad vino la hora de la calma y de la meditacion, el anoecer; y entonces empezaron á hacer su efecto los recuerdos históricos que iban brotando de todos los objetos situados en el cuadro pintoresco de Toulon. La sombra de *Telo Marcio*, uno de los generales romanos, que conquistaron el pais, se apareció al rededor de las murallas como para reclamar el honor de su fundacion y origen. Tras esta sombra, aparecieron, infundiendo espanto, las huestes sarracenas, lanzadas de la vecina costa á fines del siglo X para destruir la obra del fundador romano. El poeta vió mas tarde reanimarse los escombros, reedificarse la ciudad y luego divisó otra vez sobre las playas las lanchas de los piratas africanos que fueron á devastar la poblacion reedifica-

(1) Véase el número 14.

da. Una imagen consoladora, un recuerdo grato sucedió á esta espantosa escena. Eran por los años 1000. Los señores de Toulon, los condes de Marsella, montados á caballo, cubiertos de formidable armadura, se aparecieron al desterrado á la dudosa luz del crepúsculo espirante, restableciendo la ciudad por los piratas saqueada. Mas poco duró esta ilusión halagüeña. La imaginación del poeta hizo percibir el rumor ominoso de la chusma agarena que, como la avenida de un torrente ó de la mar que sube, se oyó en la garganta de la rada, presentándose otra vez los hijos de Mahoma que en 1176 volvieron á reducir la ciudad á escombros y que en 1197, para acabar de una vez, se llevaron á todos los Toloneses esclavos á Barbaria. Templó la amargura de este espectáculo un ruido que traían los céfiros de la noche desde los campos provenzales: eran las sombras de sus condes, de esos condes famosos bajo cuyo mando adquirió Toulon una estabilidad que ya no debió perder. Tras estos magnates se columbró otro mayor, el rey Luis XII, á cuya aparición se fueron divisando sucesivamente una porción de testas coronadas y todas ellas célebres. Allí, se decía el desterrado, contarian los habitantes de Toulon á Luis XII las catástrofes de que los piratas africanos y las huestes sarracenas habian hecho teatro á la ciudad en otros tiempos, y allí echaria el monarca los cimientos de la gran torre que mas tarde concluyó otro rey mucho mas afamado. Y apenas se hubo dicho esto el espectador de aquella galería histórica, dejöse ver dirigiendo los trabajos de esta torre Francisco I, ese prisionero interesante de Carlos V que completó la victoria obtenida por las armas españolas en el cerco de Pavia. Enrique IV reemplazó á Francisco I en la mente del poeta y vióle ensanchar los muros de la ciudad, fortificarla y construir dos grandes muelles. Ya no será fácil, nó-madas africanos, sectarios del profeta, volver á desembarcar en las costas de Toulon para borrar del mapa la ciudad de Telo Marcio. Así pensaria el proscrito al contemplar á Enrique IV en esta bélica tarea, en esta obra defensiva, mayormente cuando, tras el vencedor de Paris, se divisó la forma gigantesca y formidable de Luis XIV, de Luis el grande, á los movimientos de cuyo cetro, mitad cetro, mitad espada, se levantó el magnífico arsenal y las fortalezas que convirtieron el puerto de Toulon en el primer baluarte marítimo de la Francia por esta parte de Italia, sobresaliendo entre ellas la de San Luis y la de *l'Eguillette*, que á la manera de dos centinelas, de dos Argos vigilantes guardan la entrada del puerto. Y sin embargo todavia hubo de recordar el poeta nuevos desastres para Toulon. En este terrible diorama de continuas vicisitudes se veian vivaqueando por las montañas y llanuras las huestes del duque de Saboya y estacionadas en las aguas vecinas las flotas de Holanda y de Inglaterra que en su ayuda peleaban. Rechazado este enemigo, nuevas fortificaciones aumentan lo inespugnable de la plaza; mas llegan tambien á Toulon los estallidos de la revolucion francesa y en 1796, aprovechándose de las disensiones intestinas de la Francia, los Ingleses y Españoles se apoderan del puerto de la ciudad y sus fuertes, donde los ve el espectador de este cuadro fantasmagórico por espacio de cuatro meses, hasta que una reaccion heroica vuelve al po-

der de los Franceses el baluarte del mayor de sus monarcas.

Al llegar á esta escena memorable creyó ver con horror el proscrito un espantoso incendio. Los almaces de la marina francesa y 16 navios de línea cubrian los aires de humo y ceniza y pintaban de color de fuego el mar, las montañas y la ciudad aterrorizada, como pintan las grandes erupciones del Etna y del Vesubio las olas que se estrellan contra las costas sicilianas. Al resplandor alarmante de este incendio, el desterrado divisó con una agitacion, producto de respeto, temor y asombro, una sombra mas colosal que todas las anteriores, la sombra de un oficial de artillería que habia de dispersar luego las facciones de Paris; que habia de encaramarse con un ejército formidable por entre los despeñaderos cubiertos de nieve del gran S. Bernardo para dejarse caer como un águila sobre la Italia; que habia de atravesar los desiertos de Africa, turbar el reposo de los reyes que descansan debajo de la mole inmensa de las pirámides y apoderarse de la antigua Memphis, de la ciudad de los Faraones; que habia de ser cónsul, repetir á Cromwel, vencer en Austerlitz, estrellarse en Moscou, ir desterrado á la isla de Elba, volver á Paris, perder en Waterloo las últimas esperanzas y espirar envenenado al fin, cuando no con un tósigo físico, con la melancolía que habia de devorar á ese Alejandro del siglo, enterrado como un águila sin alas en la grieta de un peñasco, entre los picos de Diana, de Cuckold, de Halley y de Flagg que dominan las tristísimas montañas de Santa Elena. Esa sombra titánica se apareció al desterrado en el principio de su estrepitosa carrera, dando por la primera vez una admirable muestra de esos talentos militares que elevaron al imperio á aquel á quien recordaba.

Largo rato estuvo el pasajero meditando sobre la condicion de las glorias humanas, profundamente conmovido al contemplar la sombra del gran Napoleon; y al querer apartar sus ojos de las vistas de este panorama que se habia dibujado con su ardiente fantasía, le pareció oír el concierto ruidoso de las músicas militares, de los cañonazos de los navios y los fuertes y de la gritería del concurso que habia acudido á Toulon de todos los puntos de Europa á presenciar la marcha de la flota francesa que iba á vengar un insulto grave cometido en su cónsul por el monarca de Argel. Carlos X era el que animaba aquella flota memorable; Carlos X era el que iba á arrojar del nido de los piratas al imprudente Dey argelino; Carlos X era el que se proponia librar á las embarcaciones del Mediterráneo de esos corsarios audaces que por espacio de tantos siglos se habian estado burlando del mundo entero. Y cuando todavia resonaban los cañonazos de despedida; cuando los telégrafos anunciaban la llegada de la flota á la africana orilla, otros cañonazos hacian temblequear las paredes del viejo Louvre; otros telégrafos anunciaban que Carlos X con su familia se embarcaba para Inglaterra, arrojado de Paris.

Tales eran las ideas que rodaban por la mente del proscrito, mientras estaba contemplando las cercanías de Toulon. La noche vino á hacerlas mas lúgubres y en tanto que los marineros entretenian sus ocios cantando una de esas tristísimas canciones que hacen tanto efecto sobre el corazon en el silencio de

la noche, solo turbado por el rumor del mar, el poeta se retiró á su camarote para conciliar el sueño que raras veces dejaba de ser sobresaltado y congojoso.

Un mes habia trascurrido desde la llegada del desterrado á Toulon: ya habia viajado á Marsella y de esta ciudad á Montpellier. Cuanto habia tenido que sufrir en aquella ciudad, emporio del comercio y de las artes, bien podria formar un apunte curioso; mas hemos creido conveniente suprimirle en este número para poder insertar sin ser demasiado largos la balada de que hablamos en el primer artículo de esta clase.

Era el proscrito en Montpellier mucho menos desdichado; tenia amigos compatriotas, recursos de su familia; escribia la obra literario-política donde consignó la historia de sus ideas y sentimientos y le estaban sonriendo mil deslumbrantes esperanzas. Todas las tardes por via de solaz se reunian en su cuarto seis estudiantes de medicina, amigos suyos, que aprendian el solfeo bajo su direccion; la guitarra era el instrumento con que les acompañaba y todos cantaban á la vez segun el método de madama Chevé. En estos momentos comprendia el emigrado el placer que experimentaria Juan Jacobo Rousseau dirigiendo los conciertos que se daban en casa de su hospitalaria y protectora madama Buerens ó en la de sus amigos.

Otro placer y mas íntimo todavia le proporcionó la guitarra; para disfrutar el aire fresco de la noche solia puntearla en la ventana de su cuarto antes de acostarse, sin sospechar siquiera que fuese escuchado por ninguno de sus vecinos. Al lado sin embargo de la suya habia otra ventana, donde se hubiera podido ver á una linda jóven en lo mas florido de su edad y en lo mas atractivo de sus encantos, que estaba oyendo la guitarra del español profundamente arrobada. Todo fue al principio misterioso; mas como los misterios del amor han de revelarse por fuerza un dia ú otro, supo la jóven que el emigrado la queria, y el emigrado que su vecina se habia compadecido de su desdicha. ¿Cómo se efectuó esta revelacion recíproca? Voy á decirlo. El poeta cantó una noche la siguiente balada.

Perdónale la osadía,
bella mia,
mas bella que la mañana,
al que bajo tu ventana
entona troba de amor,
que es un pobre trovador
lemosin,
y ha visto en tí un querubin
del Señor.

Las cuerdas de su laud
tu virtud
no amancillarán; mi cielo
las cubrirá con el velo
de tu virginal pudor,
que es muy fino el trovador
lemosin,

que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Deja la noche llegar,
y al bañar
la luna tu casta frente,
te cantará reverente
una balada de amor
este pobre trovador
lemosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Tiene un corazon, mi bien,
y en su sien
corona como tú, pura,
que su amarga desventura
aun dejó lira y amor
á este pobre trovador
lemosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Lejano de su pais
¡infeliz!
padece en extraño suelo:
le basta para consuelo
una mirada de amor
á este pobre trovador
lemosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Si le vieras suspirar
y llorar
solitario en su retiro,
exhaláras un suspiro
y acalláras el dolor
de este pobre trovador
lemosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Sal y mirame; mi bien,
de tu sien
sacude el hermoso sueño;
sal y mirame, mi dueño,
que estoy penando de amor
y soy pobre trovador
lemosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

Sal y rie... nada mas,
y verás



al trovador que te adora
con la luna y con la aurora
entonar trobas de amor,
cántigas de un trovador
le mosin,
que ha visto en tí un querubin
del Señor.

—
Quiéreme, mas sin rival;
que infernal
es la pasión de un celoso:
yo lo soy, ángel hermoso,
que sin celos no hay amor
en pecho de un trovador
le mosin,
que adora en un querubin
del Señor.

La joven dió mil muestras de haber oído con satisfacción este canto cuya letra no entendía, y al día siguiente, por medio de la huéspeda, con la cual tuvo una amistad rápidamente franca, pidió la canción, con la traducción francesa y la música. La bella señorita tocaba el piano, pidió á su papa una guitarra y un maestro. Quién fue el maestro y lo que de esto resultó que los lectores lo adivinen.

P. MATA.

Pensamientos sobre la música.

—
Sublime es tu misión, arte divino,
Que entusiasta nos dejas al pasar
El eco grato del sonoro trino
Que viene nuestras penas á endulzar.

A la voz de Jehová formóse el mundo
Y brotaron los campos bellas flores,
Rugió el león del bosque en lo profundo
Y se oyeron cantar los ruiseñores.

Y los sotos, los prados y vergeles
El cuadro presentaron de lo bello,
Y entre mirtos y sauces y laureles
El artista sintió el primer destello.

Miró el poeta la naciente aurora
E inflamarse sintió su pensamiento,
Y bendijo la mano creadora
Que la tierra formó y el firmamento.

Entonces con sus cantos inspirados
Al sol bendijo en el naciente día,
Y retrató en sus versos sublimados
El placer, el dolor y la alegría.

Y ansioso el hombre de radiante gloria
Quiso copiar lo que admiró el poeta,
Y creó un nuevo mundo en su memoria,
Que osado retrató con su paleta.

Así el pintor nació: la llama pura
De tanta inspiración brotó su frente,
Y copió de ese cielo de hermosura

Que retrata en sus ondas la corriente.

Imita las praderas y cascadas
Y las sonoras fuentes cristalinas,
Las espesas y verdes enramadas
Con sus cotos, sus valles y colinas.

Y en las cañas la brisa susurrando
Produjo grato y divinal sonido,
Y el céfiro las flores halagando
Hirió armónicamente nuestro oído.

Y las hojas del árbol se mecieron
Al soplo del ambiente perfumado;
Las obras del Criador se embellecieron,
Y el sonoro arroyuelo surcó el prado.

Y todo fue torrentes de armonía
Que hizo en el pecho el corazón latir,
Y del mundo á la grata melodía
Sintió el artista su entusiasmo hervir.

Pulsó estasiado la sublime lira;
Los cantos imitó del ruiseñor,
Enterneciendo el alma si suspira
Por un ensueño mágico de amor.

Do quier la vista con afán volvamos
Encontraremos dulces sensaciones;
Que adormecen las penas que lloramos
Con sus ecos sonoros las canciones.

Por eso escucha el inocente infante
Del maternal cariño la canción,
Que al dulce acento de la voz amante
Se siente conmover el corazón.

Del ábrego irritado en la tormenta
El viento se oye entre la flor silbar;
Aparece la luna amarillenta
Reflejando sus rayos en el mar.

Y en este cuadro pálido y sombrío
Encontrareis también acordes ecos,
Que perdiéndose van, del mar bravío,
A espirar de las rocas en los huecos.

En su cabaña rústica el salvaje
Rencor olvida, y bárbara fiereza,
Si al través de las ramas de follaje
Entona alegre canto á la belleza.

Y el indio, y el japon, y el africano,
Proclaman su armonía y su virtud,
Que es la música un arte sobrehumano
Que endulza de los climas la acritud.

Solo placer la música derrama,
Ahuyentando la pena y el dolor;
El universo su grandeza aclama,
Y yo pulso la lira en su loor.

Granada, abril de 1843.

JOSEFA MORENO Y NARTOS.

Directores y redactores principales del periódico:

En la parte música: I. SORIANO FUERTES.
En la parte literaria: M. AGUSTIN PRINCIPE.

IMPRENTA DEL PANORAMA ESPAÑOL.